

rar, a la hora de la verdad, que no se trata sino del reflejo de una situación más amplia, y que, por otra parte, empieza a existir un público diferenciado que hace que películas «dificiles» obtengan audiencias y recaudaciones considerables, sobre todo si se piensa en los exiguos precios que se pagan por ellas. Este sería el caso, por ejemplo, de films como «Dios y el diablo en la Tierra del Sol», de Glauber Rocha, cuyo autor afirma que vendió los derechos para España por mil dólares —70.000 pesetas—, y que llevaba recaudadas, en la fecha de cierre de la estadística, 1.991.524 pesetas. Es cierto, evidentemente, que no todos estos ingresos van a parar al distribuidor, que existen intermediarios, impuestos y gastos varios, pero no lo es menos que la proporción de más de veinte a uno, cuando el film sigue aún en explotación, no es como para hacer pensar que la importación de un cine de categoría es ruinoso. Esto ya sin hablar de los grandes «hits» del «arte y

para mí», de Lazaga y con Martínez Soria, a «Pero... ¡en qué país vivimos!», de Sáenz de Heredia, con Manolo Escobar, otro de cuyos films, «Un beso en el puerto», figura también en la lista. Entre medias, un «western» de Leone, «La muerte tenía un precio»; dos de Isasi, «Estambul 65» y «Las Vegas, 500 millones», y varias comedias. Por estrellas, aparte Escobar y Martínez Soria, se sitúan en cabeza Conchita Velasco —«Pero... ¡en qué país vivimos!» y «Las que tienen que servir»—, Marisol —«Búscame a esa chica»—, Raphael —«Cuando tú no estás»—, Palomo «Linares» —«Nuevo en esta plaza», segundo Lazaga de la lista— y Los Bravos, en «Los chicos con las chicas». Es curioso observar la ausencia de Sara —«Samba» está en el vigésimo puesto— y de Rocio, cuyos «Acompañame» y «Más bonita que ninguna» se sitúan, respectivamente, en decimocuarto y decimoséptimo lugares. Pero lo curioso no termina aquí. Ni lo significativo.



Sara, ausente.

Cantinflas padrecito.

Imperio, aún.

Escobar, por partida doble.

ensayo: «Repulsión» y «El sirviente» —hablar en este apartado de «Helga» resultaría improcedente—, que han superado, respectivamente, los quince y trece millones de pesetas de ingreso en taquilla.

A otra escala, lo que el estudio revela es que el mercado español es más importante de lo que puede pensarse. Que «Doctor Zhivago», el film en cabeza de las recaudaciones a partir de 1965, haya «hecho» nada menos que más de ciento sesenta millones, significa que, teóricamente, cada español ha contribuido con más de cinco pesetas a su éxito. En lo que se refiere a films extranjeros, los doce situados en primer lugar —con la única excepción de «El padrecito», de Cantinflas— se inscriben en el apartado de las grandes superproducciones. En cuanto al cine español, el panorama resulta aún más deprimente. Los títulos van de «La ciudad no es

En último término, lo que queda claro es que el cine no acaba en Madrid o Barcelona, y que los grandes éxitos «populares» los hace el público de las ciudades pequeñas y de los pueblos. Así, puede verse que siguen figurando entre los films que aún hacen dinero viejas películas de la época dorada de Cifesa —«Locura de amor», «Ella, él y sus millones», «La duquesa de Benamejí», «Morena Clara», «La leona de Castilla», «La Lola se va a los puertos», o que, a estas alturas, «Marcelino, Pan y Vino» ha dado una recaudación de más de tres millones en los últimos años. Son muchas las conclusiones que podrían sacarse de todo esto, pero para ello haría falta tanto o más espacio que el que ocupan los datos. Valga este repaso sucinto como indicación de un estado de cosas no precisamente esperanzador, pero a través de cuyo conocimiento, al menos, será posible intentar ponerle remedio.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

EUROVISIONES

Esta media Europa que los políticos y los mercaderes nos están fabricando no acaba de despertar grandes entusiasmos populares. Hay un hiato evidente entre la rebotante satisfacción de los europeístas profesionales y la tranquila indiferencia de los europeos pasivos. Diríase que la imaginación de los viejos pueblos de Europa, que está ya muy escalada, no se calienta ahora tan fácilmente.

Como este asunto me parece muy confuso, he pedido a un viejo amigo, europelista militante, que me explique lo más claramente posible la situación. He de advertir que se trata de un europelista no ortodoxo. Pero, ortodoxo o no ortodoxo, un europelista es siempre un europelista, y ya se sabe que esta gente tiene una extraordinaria facilidad de palabra.

—Evidentemente —empezó—, no voy a defender el peregrino argumento de que la aparición de un tercer bloque entre los otros dos será una garantía de paz para el mundo. Hay que ser muy optimista o muy insensato para tragarse esto. Lógicamente, el bloque europeo —o, más bien, minieuropeo— deberá ser un tercer elemento de discordia. Que el tute planetario se juegue entre dos o entre tres grandes tatures no cambia gran cosa el carácter feroz de la partida. Sin contar con que, para entonces, el jugador chino se sentará también a la mesa y serán cuatro, por lo que se podrá hasta jugar de compañeros...

«Estos leves temores no deben, sin embargo, enfriar nuestra decidida vocación europelista. Lo que hay que hacer es una Europa planificada racionalmente, una Europa natural (de naturaleza), en la que la vida de la gente —trabajo, ocio, etc.—, se organice tomando como base las diversas condiciones climatológicas y las idiosincrasias peculiares de sus pueblos.

Hizo una pausa. Yo guardé silencio, en espera de nuevas precisiones.

—Se trata tan sólo —prosiguió— de superar las diferencias estructurales entre el Este y el Oeste para realizar la Unión Eu-

ropea conforme a un criterio de rigurosa delimitación de competencias: por ejemplo, a los alemanes, una vez convenientemente reunificados, se les asignaría la misión de trabajar para todo el Continente, puesto que han demostrado, con y sin plan Marshall, que lo hacen muy bien; los franceses se dedicarían a consumir los frutos del trabajo de los alemanes, y podrían producir con toda impunidad cineastas, literatos e ideas hermosamente inútiles; los ingleses serían por fin admitidos en la Comunidad, a condición de que se encargaran de organizar, con los belgas, los circuitos comerciales y financieros del tinglado común, así como de suministrar música «pop»; todo el territorio suizo sería convertido en un gigantesco Banco (el B. E. U.; Banco Europeo Unificado); los escandinavos dedicarían todas sus energías a resolver de una vez los problemas sexuales de la Comunidad, mediante la aportación de serios estudios sociológicos y el envío de suecas y asimiladas a las regiones del Sur; los del Sur, por cierto —italianos, griegos, españoles...—, pondríamos nuestros encantadores países (playas, vinos, tapitas, etcétera) a la disposición periódica de la colectividad europea, exactamente como ahora, pero obteniendo a cambio el sacrosanto derecho a no trabajar y a no producir ideas, cosas de las que ya se encargarian otros sectores de la Comunidad; por último, la producción de jóvenes rebeldes se establecería a prorrata entre todos los Estados de la Unión. Aproveché otra pausa para insinuar que había algunos tópicos en su argumentación y que, por otra parte, ya De Gaulle intentó inútilmente superar eso de los bloques...

—De Gaulle —cortó por lo sano el europelista— se equivocó al querer hacer Europa del Atlántico a los Urales, es decir, de Oeste a Este. No es así. Europa hay que hacerla de Norte a Sur, por climas y aptitudes naturales, cada cual aportando lo suyo al esfuerzo integrado común. Una generación de tecnócratas imaginativos podría planificar esto perfectamente.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, J. García de Duñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán. FOTOS: Martínez Parra, Europa Press, Cifra y Archivo.